

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS Y DE MARÍA

SECCIONES DE CANÁ
Y DEL CALVARIO

FULTON J. SHEEN

LIBROS
LIGUORITM

Liguori Publications • © 2020 All rights reserved.
Liguori.org • 800-325-9521



Publicado por Libros Liguori
Liguori, MO 63057-9999
Pedidos al 800-325-9521
www.librosliguori.org

Todos los derechos reservados. Sin el permiso previo por escrito de Libros Liguori, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o cualquier otro, a excepción de las breves citas utilizadas para las reseñas impresas del producto.

Library of Congress Catalog-in-Publication Data

Sheen, Fulton J. (Fulton John), 1895-1979.

[Seven words of Jesus and Mary. Spanish]

Las siete palabras de Jesús y de María / Fulton J. Sheen. – 1. ed.

p. cm.

p ISBN 978-0-7648-2199-8

e ISBN 978-0-7648-6796-5

1. Jesus Christ—Seven last words—Meditations. 2. Mary, Blessed Virgin, Saint—Meditations. I. Title.

BT456.S4718 2012

232.96'35—dc23

2012016988

Las citas bíblicas son de *La Biblia Latinoamericana: Edición Pastoral* (Madrid: San Pablo, 2005). Usada con permiso.

Traducido por Lourdes Calzada

Libros Liguori, una organización sin fines de lucro, es un apostolado de los Padres y Hermanos Redentoristas. Para más información, visite Redemptorists.com.

Impreso en los Estados Unidos de América
14 13 12 11 / 11 10 9 8

Publicado originalmente en 1945 por P. J. Kenedy e Hijos. Esta edición es publicada gracias a un acuerdo especial con quienes poseen los derechos de autor de Mons. Fulton J. Sheen.

Dedicado a ti,

MARÍA, REINA DEL SANTÍSIMO ROSARIO,

Sagrada Patrona de los Estados Unidos,

suplicándote humildemente que,

a través de tu Inmaculado Corazón,

el mundo pueda encontrar el camino de regreso

al Sagrado Corazón de tu Divino Hijo.

Liguori Publications • © 2020 All rights reserved.
Liguori.org • 800-325-9521

Contenido

CAPÍTULO UNO

La primera palabra

El valor de la ignorancia 9



CAPÍTULO DOS

La segunda palabra

El secreto de la santidad 23



CAPÍTULO TRES

La tercera palabra

La comunidad religiosa 35



CAPÍTULO CUATRO
La cuarta palabra
Confianza en la victoria 47



CAPÍTULO CINCO
La quinta palabra
La religión es una búsqueda 63



CAPÍTULO SEIS
La sexta palabra
La hora 75



CAPÍTULO SIETE
La séptima palabra
El propósito de la vida 87



Liguori Publications • © 2020 All rights reserved.
Liguori.org • 800-325-9521

Liguori Publications • © 2020 All rights reserved.
Liguori.org • 800-325-9521

CAPÍTULO UNO



La primera palabra: El valor de la ignorancia

La primera palabra de la Santísima Virgen María

¿Cómo puede ser eso, si yo soy virgen?

Lucas 1:34



La primera palabra de Nuestro Señor

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Lucas 23:34

Liguori Publications • © 2020 All rights reserved.
Liguori.org • 800-325-9521

Mill años de antes que Nuestro Señor naciera, vivió el más grande de todos los poetas: el gran Homero de los griegos. A él se le atribuyen dos grandes obras épicas: la *Iliáda* y la *Odisea*. El héroe de la *Iliáda* no era Aquiles, sino Héctor, el líder de los enemigos troyanos a quien Aquiles venció y mató. El poema no termina con la gloria de Aquiles, sino con la derrota de Héctor.

El otro poema, la *Odisea*, tiene un héroe, no Odiseo, sino su esposa, Penélope, quien le fue fiel durante todos los años que él estuvo de viaje. Cada vez que los pretendientes le rogaban su amor, ella les respondía que en cuanto terminara de tejer la prenda que tenía ahí consigo, consideraría sus muestras de cariño. Pero cada noche deshacía lo que había avanzado durante el día y así permaneció fiel hasta que su esposo regresó. “De todas las mujeres,” decía, “yo soy la que más sufre”. Bien se le podrían aplicar las palabras de Shakespeare: “La pena se instala en mi alma como en un trono. Ordenad a los reyes que vengan a inclinarse ante ella”.

Durante los mil años que precedieron al nacimiento de Nuestro Señor, en la antigüedad pagana resaltaron dos cuentos del poeta que retó a la historia con el desafío misterioso de exaltar a un hombre derrotado y alabar a una mujer que sufre.

La pregunta de los siglos posteriores fue: ¿Cómo puede alguien ser victorioso en la derrota y glorioso en el dolor?

La respuesta no llegó sino hasta el día en que vino uno que fue glorioso en la derrota: Cristo en la cruz y una que era alabada en su dolor: su Madre Santísima al pie de la cruz.

Es interesante que nuestro Señor hablara siete veces en el Calvario y que su madre haya hablado siete veces en todo el Evangelio. La última evidencia de sus palabras la encontramos en las Bodas de Caná, donde empezó la vida pública de su Divino Hijo. Ahora que había salido el sol, no había más necesidad de que brillara la luna. Ahora que la Palabra se había pronunciado, no había necesidad de palabras.

San Lucas registra cinco de las siete palabras que pudo haber conocido solamente a través de Ella. San Juan menciona las otras dos. Uno se pregunta, si mientras nuestro Señor pronunció cada una de sus siete palabras, su Santísima Madre, a los pies de la cruz, no pensó en cada una de las palabras que le correspondían a ella. Estas serán la materia de nuestra meditación: Las Siete Palabras de Nuestro Señor en la Cruz y las Siete Palabras en la Vida de María.

Los hombres no soportan la debilidad. En cierto sentido, los hombres son el sexo débil. No hay nada que altere más a un hombre que las lágrimas de una mujer. Por consiguiente, los hombres necesitan la fortaleza y la inspiración de las mujeres que no se derrumban ante una crisis. Necesitan a alguien que no se postre a los pies de la cruz, sino a alguien, como María, que se mantenga en pie. Juan estuvo ahí, la vio justamente así y lo escribió en su Evangelio.

Generalmente cuando sucede que hombres inocentes sufren a manos de jueces injustos, sus últimas palabras son: “soy inocente” o “la justicia no existe”. Pero aquí, por primera vez en la historia de la humanidad, escuchamos a un hombre que no pide perdón por sus pecados, ya que es Dios, ni proclama su propia inocencia, ya que los hombres no son jueces para Dios. Él pide por los que lo matan: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23:34).

María en el Gólgota escuchó a su Divino Hijo pronunciar esa Primera Palabra. Me pregunto si cuando lo escuchó decir “no saben”, habrá recordado sus mismas primeras palabras que contenían también la idea de “desconocer” o “ignorar”.

Las pronunció en el momento de la Anunciación, la primera buena nueva para la tierra después de siglos. El ángel le anunció que ella sería la Madre de Dios: “Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús. Será grande y justamente será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David; gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reinado no terminará jamás”.

María entonces dijo al ángel: “¿Cómo puede ser eso, si yo soy virgen?” (Lc 1:31-34).

Estas palabras de Jesús y de María parecen sugerir que, en ciertas ocasiones, “no saber” implica sabiduría. En estas palabras, se nos presenta la ignorancia no como una maldición, sino como una bendición. Esto puede, más bien, sorprender a nuestra moderna sensibilidad que

exalta tanto la educación; esto debido a que hemos fallado en distinguir la verdadera de la falsa sabiduría. San Pablo llamaba “necedad” a la sabiduría del mundo, y Nuestro Señor agradeció a su Padre que no hubiera revelado la sabiduría divina a los sabios del mundo.

La ignorancia que se resalta aquí no es ignorancia de la verdad, sino ignorancia del mal. Notemos que la primera Palabra la dirige a sus verdugos: Él quería resaltar que serían perdonados solo porque ignoraban la dimensión de ese terrible crimen. Fue su ignorancia y no su sabiduría la que los salvaría.

Si ellos hubieran sabido lo que hacían al taladrar las manos de la Eterna Misericordia, al clavar los pies del Buen Pastor, al coronar la cabeza de la Sabiduría Encarnada y lo hubieran seguido haciendo, nunca hubieran podido salvarse. ¡Se hubieran condenado! Su ignorancia les alcanzó el perdón y la redención. Como san Pedro les dijo en Pentecostés: “Yo sé, hermanos, que ustedes obraron por ignorancia, al igual que sus jefes” (Hch 3:17).

¿Por qué es que tú y yo, por ejemplo, podemos pecar mil veces y alcanzar el perdón y los ángeles que solo pecaron una vez no fueron perdonados? La razón es que los ángeles *sabían* lo que estaban haciendo. Los ángeles ven las consecuencias de todas y cada una de sus decisiones con la misma claridad con la que tú puedes ver que una parte nunca puede ser más grande que el todo. Una vez que tomas esa decisión, nunca puedes retractarte. Es irrevocable, es eterna.

Los ángeles sabían las consecuencias de sus decisiones